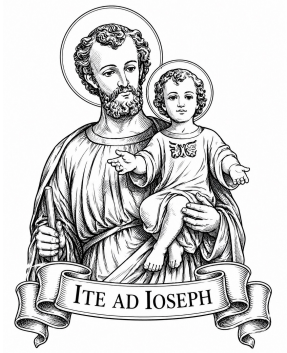
Al Amparo de San José



Nº 005 Mayo de 2026

1. Doctrina

La caridad: amor de Dios derramado en el alma

La caridad es la más grande de las virtudes. No consiste solamente en tener buenos sentimientos, ni en una inclinación natural a ayudar a los demás. La caridad cristiana es una virtud sobrenatural, infundida por Dios en el alma, por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo por amor de Dios.

San Pablo enseña que "la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado". Esta expresión muestra la grandeza del don: no se trata primero de nuestro esfuerzo, sino de una vida nueva que Dios comunica al alma. El Espíritu Santo no sólo manda amar; hace posible amar con un amor más alto.

Santo Tomás enseña que la caridad es una amistad del hombre con Dios, fundada en la participación de la bienaventuranza divina. Es decir: por la gracia, Dios nos eleva a una comunión verdadera con Él. El cristiano no está llamado sólo a obedecer desde afuera, sino a amar desde dentro.

Por eso la caridad ordena toda la vida. Hace que la oración no sea rutina, sino trato filial con Dios. Hace que el sacrificio no sea sólo peso, sino ofrenda. Hace que el prójimo no sea visto como obstáculo, sino como alma llamada también a Dios.

En Pentecostés, el Espíritu Santo desciende como fuego porque viene a encender el corazón. Un alma fría podrá cumplir exteriormente muchas cosas, pero le faltará lo principal: amar a Dios de veras.

Pidamos, entonces, la gracia de una caridad viva: amar a Dios con fidelidad, buscar su voluntad en todo, y tratar al prójimo con paciencia, misericordia y deseo sincero de su salvación.

2. Liturgia

Pentecostés: el fuego del Espíritu Santo

Pentecostés es una de las grandes solemnidades del año cristiano. Después de la Ascensión del Señor, los Apóstoles permanecieron reunidos en el Cenáculo, perseverando en la oración junto a la Santísima Virgen. Allí descendió sobre ellos el Espíritu Santo, bajo el signo de un viento impetuoso y de lenguas como de fuego.

Aquel día, los mismos hombres que antes habían tenido miedo recibieron una fortaleza nueva. Pedro, que había negado al Señor durante la Pasión, predicó públicamente a Cristo crucificado y resucitado. La Iglesia apareció entonces ante el mundo con una vida que no venía de fuerzas humanas, sino de lo alto.

El fuego significa luz y amor. El Espíritu Santo ilumina la inteligencia para conocer mejor las cosas de Dios, y enciende la voluntad para amarlas y practicarlas. Sin Él, la verdad puede parecer dura, el deber pesado, la cruz insoportable. Con Él, el alma recibe fuerza para perseverar.

La liturgia de Pentecostés nos hace pedir los dones del Espíritu Santo: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Estos dones disponen el alma para dejarse mover dócilmente por Dios.

También San José fue alma dócil al Espíritu Santo. No necesitó muchas palabras ni grandes apariencias. Su santidad consistió en escuchar, obedecer y custodiar fielmente lo que Dios le confiaba.

Que Pentecostés renueve en nosotros el deseo de vivir en gracia, de rezar con más fervor, de vencer la tibieza y de dejarnos conducir por Dios.

3. Familia

La paciencia familiar como fruto de la caridad

La vida familiar necesita mucho amor, pero no un amor hecho sólo de emoción. Necesita caridad verdadera: ese amor sobrenatural que viene de Dios y que permite permanecer fiel aun cuando hay cansancio, diferencias, preocupaciones o defectos ajenos que soportar.

La paciencia es una de las pruebas más concretas de la caridad. Es fácil hablar de amor cuando todo resulta agradable. Pero la caridad se manifiesta especialmente cuando uno sabe callar a tiempo, corregir sin humillar, perdonar sin llevar cuenta, servir sin esperar aplausos y volver a empezar después de una dificultad.

En toda familia hay ocasiones de roce. A veces una palabra dura, un gesto de impaciencia o una reacción desordenada pueden herir más de lo que se piensa. Por eso el hogar cristiano necesita del Espíritu Santo. No basta la buena voluntad natural: hace falta gracia para dominarse, comprender, perdonar y buscar de nuevo la paz.

San José vivió en Nazaret una caridad humilde y silenciosa. Su amor no se manifestó en discursos, sino en cuidado, trabajo, obediencia y presencia fiel. Protegió a la Virgen y al Niño Jesús con un corazón atento, fuerte y pacífico.

Una familia donde se cultiva la paciencia se vuelve más habitable. No porque desaparezcan todos los problemas, sino porque la caridad impide que los problemas destruyan la unión.

En Pentecostés, conviene pedir una gracia especial para los hogares: que el Espíritu Santo apague la aspereza, venza el egoísmo, enseñe a pedir perdón y encienda un amor más puro, más firme y más cristiano.

4. Sociedad

La concordia y el bien común

El hombre no ha sido creado para vivir aislado. Por naturaleza necesita de los demás: nace en una familia, aprende de otros, trabaja con otros y sólo puede alcanzar muchos bienes dentro de una vida social ordenada. Pero ninguna sociedad se sostiene únicamente por intereses individuales. Hace falta concordia.

La concordia no significa que todos piensen igual en todo, ni que desaparezcan las legítimas diferencias. Significa que los miembros de una comunidad buscan, por encima del propio capricho, un bien que los supera: el bien común.

La doctrina tradicional enseña que la sociedad debe ordenarse a una vida honesta y virtuosa. Cuando cada uno sólo busca su provecho, la convivencia se rompe. Cuando se desprecia la justicia, crece la violencia. Cuando se pierde el sentido del deber, todo se vuelve reclamo, sospecha y división.

La caridad cristiana no destruye la justicia: la eleva. Enseña a mirar al prójimo no como competidor, sino como persona creada por Dios, llamada a la verdad y al bien. Por eso un cristiano debe ser, en la sociedad, principio de paz: justo en sus obras, fiel en sus obligaciones, respetuoso en el trato y dispuesto a servir.

Pentecostés muestra también la restauración de una unidad que el pecado había herido. En Babel, la soberbia confundió las lenguas; en Pentecostés, el Espíritu Santo une a los hombres en la confesión de Cristo.

Pidamos que nuestras familias, comunidades y pueblos no se edifiquen sobre egoísmos, sino sobre la justicia, la caridad y el verdadero bien común.

5. Anécdota histórica

San Francisco Javier y el fuego apostólico

San Francisco Javier, uno de los primeros compañeros de San Ignacio de Loyola, dejó Europa para llevar el Evangelio a tierras lejanas. Viajó a la India, al Japón y a otras regiones de Oriente, movido por un ardiente deseo de ganar almas para Cristo.

Sus viajes fueron durísimos. Pasó enfermedades, peligros en el mar, pobreza, cansancio y soledad. Muchas veces no tenía las comodidades más elementales. Sin embargo, seguía adelante, porque en su corazón ardía una convicción profunda: las almas valen la Sangre de Cristo.

Se cuenta que, al ver tantas personas que no conocían la fe, escribía con dolor a Europa, deseando que muchos jóvenes entendieran que no habían nacido para vivir cómodamente, sino para servir a Dios y salvar almas. Su celo no era inquietud humana ni búsqueda de aventuras; era fruto de la caridad.

El amor de Dios, cuando es verdadero, no encierra al alma en sí misma. La hace apostólica. Quien ama a Dios desea que otros lo conozcan, lo amen y se salven.

Pentecostés nos recuerda precisamente esto. Los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, salieron a predicar. El fuego recibido en el Cenáculo no quedó encerrado allí: iluminó al mundo.

No todos están llamados a cruzar mares como San Francisco Javier. Pero todos pueden tener celo apostólico: rezar por la conversión de los pecadores, dar buen ejemplo, enseñar la fe en la familia, hablar de Dios cuando conviene, y ofrecer sacrificios por la salvación de las almas.

El Espíritu Santo no fue dado para una vida tibia, sino para encender santos.